

el nombre de Gonzalo de Córdoba, de quien era íntimo amigo desde la conquista de Granada, donde habían peleado cuerpo á cuerpo con un denuedo tan igual, que allí quedaron prendados uno de otro. Si cuando se muda de religion, es el desinterés la prueba mas segura de la sinceridad, jamás hubo cosa tan sincera como la conversion de Zegri. Gimenez, tan generoso como hábil, le ofreció una pension de cincuenta mil escudos sobre sus propias rentas, y no pudo conseguir de él que los admitiese, hasta que algun tiempo despues de haberle bautizado volvió á insistir Gimenez, interponiendo la autoridad y el nombre de su magestad Católica, y entonces aceptó Zegri por respeto; pero con la condicion de que toda aquella suma habia de emplearse en convertir al cristianismo las gentes de su nacion.

Este príncipe se mostró siempre en lo sucesivo, no solo cristiano muy sincero, sino animado de un celo apostólico, y nadie trabajó mas eficazmente que él en la conversion de sus compatriotas. En todas ocasiones se gloriaba de ser cristiano, y manifestaba no tener mas que un sentimiento, que era el de haber tardado tanto en abrazar el cristianismo, diciendo que, si bien se le habia obligado á oír las instrucciones, se le habia demostrado tan evidentemente la falsedad de su creencia que no habia podido menos de abandonarla como hombre de verdad. Estando todos persuadidos de la rectitud y magnanimidad de este príncipe, y preciándose de ser imitadores suyos cuantos moros distinguidos habia en Granada, no hubo ningun cristiano nuevo de alguna distincion que se avergonzase de su fé; ni los que perseveraron en el mahometismo, manifestaban ya aversion á las instrucciones cristianas. Añadiendo Gimenez á estas bellas disposiciones sus esfuerzos, su habilidad, sus liberalidades abundantes, el

temor de los castigos merecidos por la rebelion, y luego la grata sorpresa de una amnistia general, logró á los pocos dias que fuesen tantos los que pedian el bautismo que no habia bastantes ministros para conferirle, de suerte que fué necesario administrar por aspersion, llegando á tres mil personas las que se bautizaron entonces. No dudamos que la prudencia de un hombre como Gimenez dictaria las debidas providencias para que el agua santificante cayese sobre todos y cada uno de los catecúmenos; y baste este solo ejemplo, sin repetir ahora lo que hemos dicho en una ocasion semejante, para confundir la temeridad de aquellos censores fastidiosos que ponen el mayor cuidado en establecer una semejanza escandalosa entre los tiempos primitivos y las últimas edades de la Iglesia.

Gimenez, tan digno de servir de modelo en los tiempos venideros, y que en efecto fué el primero que abrió el camino en muchas cosas á las generaciones futuras, dió pruebas en Granada de aquel talento universal que abraza todos los tiempos y prevee todos los inconvenientes. El arzobispo de aquella diócesi, prolado de una piedad insigne, trabajaba por su parte en la conversion de los moros con todo el ardor que es capaz de inspirar á un santo obispo el amor de su propio rebaño. Gobernándose por este solo principio, y no consultando mas que la utilidad presente, quiso dar á los recién convertidos traducciones arábicas de la Sagrada Escritura, del ritual, del misal, y generalmente de todos los libros eclesiásticos. Tambien estaba inclinado á hacer que rezasen el oficio divino en lengua vulgar, ó á lo menos una parte considerable de él. Gimenez, que tenia mas serenidad, y veía todos los objetos en sí mismos, independientemente de la preocupacion y de los intereses momentáneos, creyó que el plan del arzobispo de Granada podria traer unas con-

secuencias muy peligrosas. Acerca de rezar el oficio divino en lengua vulgar, dijo en dos palabras, que estaba en contra el uso de la Iglesia universal, y que una iglesia particular no podia dispensarse de él. En cuanto á la traduccion de los libros divinos, sostuvo que disminuía infaliblemente el respeto con que miraban los pueblos las cosas de la Religion; que de aquí resultaria una multitud de cuestiones, disputas, dudas y perplejidades que no eran capaces de satisfacer los ignorantes, y que por lo mismo no podrian menos de debilitar su fé; que entre las naciones antiguas que hablaban la lengua original de los libros santos, habian usado los Padres y doctores de la Iglesia de una circunspeccion muy grande con el comun de los fieles; y que el mismo Jesucristo habia dado ejemplo de esto, pues en vez de ofrecer al pueblo, como lo ejecutaba con sus Apóstoles, una idea clara de las cosas sagradas, le hablaba siempre con alegorias y parábolas. Se rindió á estas razones el arzobispo de Granada, no llegaron á hacerse las traducciones, y se conservaron religiosamente los usos de la Iglesia romana.

Tan corto obstáculo fué este para la conversion de los granadinos, que en el curso de algunos meses no quedó ni un solo mahometano de distincion en toda la ciudad de Granada. La misma proporcion siguió el torrente de las conversiones vulgares. Desde que aquellos pueblos se sometieron á la dominacion castellana, no solo se impedían entre ellos los insultos populares y las irrisiones del cristianismo, sino que se los obligaba á asistir á las instrucciones cristianas; así fueron cayendo en el mayor desprecio los delirios de Mahoma, y no tenian mas apoyo que el de una costumbre ciega, sostenida únicamente por la hez del pueblo ó por los rústicos habitantes de las montañas. Agitados estos repentinamente de un ins-

tinto brutal, y desesperados al saber la novedad ocurrida en Granada, tomaron las armas y se reunieron en gavillas numerosas. Pero fueron sorprendidos en los desfiladeros con una celeridad de que no tenian ellos ejemplo, y se les obligó á dar una batalla, en la cual quedó sofocada la rebelion con la muerte de casi todos los rebeldes. A los demas montañeses se les impuso la obligacion de destruir por sí mismos sus fuertes y atrincheramientos. Los principales de ellos fueron entregados en rehenes para asegurar la fidelidad de los demas.

Muy pronto halló Gimenez una materia nueva para el ejercicio de sus talentos, ó por mejor decir, de su religion y de su incorruptible equidad. Hacia siete ú ocho años que los españoles habian descubierto la isla que hoy se llama Santo Domingo, y algunos de ellos, á quienes desaprobaba la madre patria, habian cometido excesos, cuya gravedad, debemos añadir, se ha puesto despues en duda. No buscando mas que el oro y las ventajas personales, sin consideracion alguna al bien del Estado, despoblaban el pais á fin de enriquecerse. No solo hacian esclavos á los indios para explotar las minas donde estos infelices perecian á millares, sino que buscaban el oro en sus propias entrañas despues de haberles abierto el vientre, enseñaban á los perros á que los cazasen y devorasen como animales salvajes, y aun á las veces á los perros hambrientos les daban por comida los miembros de sus esclavos que habian quedado inhabilitados para el trabajo. Estos atroces tiranos se habian llegado á forjar como principio de conciencia, que todo les era permitido contra aquellos insulares de quienes decian que no tenian mas que figura humana, pero no alma racional; y sin embargo, estos eran mucho mas tratables y dóciles, y mucho mas justos y mejor formados que sus opresores. Los caciques ó príncipes con sus

muges ó hijos eran tratados como los menores de sus súbditos; los que habían recibido la Religión cristiana como los que persistían en la infidelidad; en una palabra, los españoles se habían hecho tan odiosos que muchas veces se oía decir á los indios que ni aun el paraíso querían si en él había españoles. De este modo desde sus personas refluya el odio sobre la Religión, no pudiendo aquellos pueblos concebir que esta fuese buena, pues que tan malos eran los que la profesaban.

Tantos motivos de religión, de caridad y hasta de humanidad conmovieron vivamente á dos piadosos geronimianos, que se cuentan por unos de los primeros apóstoles del Nuevo Mundo. Atravesaron de nuevo aquella vasta estension de mares entonces tan desconocidos y temidos, á fin de reclamar la protección de la corte en favor de un pueblo desesperado al que ya no podían prestar mas que un vano consuelo. Pero el oro mismo, que era la desgracia de los indios en su propia patria, hacia como imposible en España su reparación. Derramado en profusion en todas las avenidas del trono, se hallaban tan cerradas á los misioneros, que ya estaban desalentados cuando llegó á la corte el arzobispo de Toledo. La reputacion que tenia de amar apasionadamente la justicia y de apoyarla con una generosidad inaccesible á todo respeto humano, les movió á implorar su protección. Mandóles le hablasen con toda libertad, sin perdonar á nadie, cualquiera que fuese su dignidad. Supo así por ellos y con la mayor indignacion que los oficiales, los magistrados y el gobernador de la isla, lejos de oponerse á los desórdenes, solo empleaban su autoridad en cometer otros mayores. Haciendo pues desde luego causa propia la de los misioneros, se encargó de su súplica, hizo se leyese en Consejo pleno, y no obstante la oposicion de los que habían sido corrom-

pidos por los regalos de la India, logró se nombrasen comisarios integros, que fuesen á juzgar de los delitos en el mismo pais en que se habían cometido. Hubo luego allí ejecuciones sangrientas, fueron destituidos muchos oficiales, y el gobernador, llamado Francisco Bobadilla, fué cargado de cadenas y reconducido á España para que en ella sufriese con mayor infamia la pena que merecia. No es pues á la Iglesia ni á sus ministros, primeros y constantes defensores de los indios oprimidos, ni tampoco á los príncipes, que no dejaban de salir á su defensa cuando se les informaba de lo que habia; no es pues á ellos, decimos, á quienes debe culparse de los excesos cometidos por los europeos en el Nuevo Mundo.

En medio de tantos y tan varios asuntos, no perdió de vista el arzobispo de Toledo los cuidados propios de la dignidad eclesiástica en que estaba constituido. Habiéndolo á Alcalá, ciudad de su diócesis, en la cual habia estudiado siendo mozo, fundó en ella el magnífico colegio de San Ildefonso, hizo tanto bien á aquella universidad, en nada inferior á ninguna de las de España, y puso los estudios en un estado tan floreciente, que aun ahora se gloria de tenerlo por fundador. Despues emprendió la grande obra de la Biblia poliglota, en la que empleó á una multitud de sabios que acudieron de todos los países, estimulados de su gran liberalidad, y los dirigió en todas sus tareas con la superioridad de sus propios conocimientos. Se trabajó en ella mas de doce años, y comparado este tiempo con la obra, debe parecer todavía muy corto. Contiene la poliglota el testo hebreo, la version de los Setenta con una tradicion literal, la de San Jerónimo, y en fin, la parafasis caldea de Onkelos sobre el Pentateuco. Además de esto hay un volumen adicional, ó sea suplemento, que contiene un diccionario de voces hebreas y caldeas, muy estimado de los sa-

bios. Esta empresa costó prodigiosas sumas, sin contar los enormes gastos de la impresion. Dió Gimenez todo lo que le pidieron por los manuscritos antiguos, y alguno hubo que le costó cuatro mil ducados. El gasto total pasó de cincuenta mil ducados de oro, suma asombrosa para aquel tiempo. Hay sin duda algunos defectos que corregir en este ensayo extraordinario, despues del cual se han hecho otras poliglotas mas perfectas; pero el génio creador de Gimenez brillará siempre, así en esta empresa como en otras muchas cosas en que no tuvo ningún modelo que seguir, y resaltará siempre sobre la gloria de los que mas se han esmerado despues en imitar sus obras.

Fundó tambien en Alcalá una institucion tan parecida á la que despues se fundó en San Cirio, obra maestra de la inteligencia y beneficencia francesa, que parece haberle servido de modelo. Para las doncellas que tenían vocacion á la vida religiosa y que no podían realizar sus deseos por la pobreza en que se hallaban, fundó un segundo monasterio muy bien dotado, con prohibicion expresa, no solo de exigir cosa alguna de las pretendientes, sino tambien de recibir lo que ellas ofreciesen por su propia voluntad. Advertiendo que estaba espuesto á un peligro muy próximo el honor de muchas doncellas, ya de la clase distinguida, y ya de la comun, por no tener con qué casarse, dió desde luego un millon y doscientos mil reales para colocar á las pobres. Al mismo tiempo contribuyó con ochocientos mil reales para rescatar los esclavos cristianos que estaban gimiendo bajo el yugo de los infieles. Se hallaba entonces en su diócesis, y son innumerables las limosnas y las demas buenas obras que hizo en ella en el espacio de tres meses. En este mismo tiempo dió la última mano á la restauracion de la disciplina entre su clero. Acerca de este punto capital,

puede juzgarse del grado de perfeccion á que llegaban sus ideas por el rasgo siguiente, elegido entre otros mil, porque es de los que mejor caracterizan á Gimenez. Para dar á entender con cuanta pureza y respeto se deben tratar nuestros augustos misterios, se mandó que el canónigo que estuviese de semana para la celebracion del santo sacrificio, y los dos que sirviesen de diácono y subdiácono, pasasen todo este tiempo en el claustro viejo, á cuyo efecto se habilitaron algunas habitaciones. Allí no podían entrar los seglares; los ministros sagrados estaban dedicados á la oracion ó á la lectura de libros espirituales, y no tenían conversacion sino con algunos eclesiásticos de conocida virtud. Se observó esta disposicion en la iglesia de Toledo aun mucho tiempo despues de haber muerto Gimenez.

Pero dejemos una materia que no podemos apurar por razon del plan que nos hemos propuesto, y pasemos á los asuntos de Francia, muy unidos entonces con los de España, ó por mejor decir, con los de Aragón, y en los cuales tuvo muy poca parte el ministro de Isabel. En consecuencia de un tratado hecho entre Luis XII y Fernando el Católico, se apoderaron fácilmente del reino de Nápoles estos dos reyes y le dividieron entre sí; segun los pactos en que habian convenido (1). Los españoles se quedaron con la Pulla y Calabria, y los franceses con lo demás del reino. (1501). De este modo se vió enteramente despojado el infeliz Federico, y tomó el partido de retirarse á Francia con la reina su muger, los príncipes sus hijos y sus dos hermanas, la una abandonada por el rey de Polonia, y la otra desposeida del ducado de Milán. Leccion terrible que la Providencia daba á los reyes mostrándoles en una misma familia y á un

(1) Marian. lib. 29.

mismo tiempo tres testas coronadas reducidas á una especie de destierro (1). Los despojos de Federico dieron motivo á un nuevo tratado entre los reyes de Francia y Aragon. Se estipuló que Carlos de Luxemburgo (Carlos V), nieto de Fernando, se casaria con la princesa Claudia, hija primogénita de Luis, y que los dos reyes se desprendieran de la parte que les habia cabido en el reino de Nápoles á favor del príncipe y princesa. El archiduque Felipe, padre de Carlos de Luxemburgo, pasó á Francia con ocasion de este tratado y lo firmó en su nombre y en el de Fernando, de quien era yerno y plenipotenciario. Luis y Felipe procedian con la buena fé y gran probidad que siempre los distinguieron; pero de muy diferente modo obraba el pérfido aragonés. Bien pronto pudieron todos convencerse de ello. Bajo la fé del tratado, Luis XII licenció algunas tropas de refuerzo que enviaba á su ejército de Italia, y vice-versa el ejército español recibió un considerable refuerzo de tropas alemanas. En seguida Fernando desaprobó la conducta de su yerno, se burló de la credulidad de Luis, y reputando solamente por vergonzoso quedase infructuosa la mentira, se glorió de su traicion y trató de recoger el fruto de ella (1502). Los franceses, desprovistos de todo, sorprendidos y abrumados, perdieron en dos meses las batallas de Seminara y Ceriñola, y con ellas todo el reino de Nápoles, llegando así á su colmo la fortuna ó infamia de Fernando (1503) (a).

(1) *Histor. del Caballero Bayard, c. 8.*

(a) No puede menos de causar indignacion el ver las duras é injustas calificaciones que nuestro autor prodiga siempre contra el célebre monarca español Fernando el Católico. Parece que debiera ser mucho mas recatado en sus juicios y mas mesurado en sus expresiones un historiador eclesiástico tratándose especialmente de un reinado tan ilustre y glorioso como el de los reyes Católicos. Y tanto mas debiera ser así, cuanto que bastaba se hubiera desprendido algun tanto de su francesismo para juzgar con mas imparcialidad cuando se trata de asuntos que

Quedó por este todo el reino de Nápoles, para pasar con los demas Estados suyos á la casa de Austria.

Unas disensiones y guerras tan crueles, que trastornaban toda la Italia, pusieron sin duda grandes obstáculos á la piedad de los fieles que querian ganar el jubileo secular; pero la licencia y los desórdenes que reinaban en Roma mas que en ninguna otra parte, y el crimen colocado sobre el trono pontificio, impidieron mucho mas que los peligros de los caminos el que los peregrinos escandalizados acudiesen en tan gran número como en otras ocasiones. Decia la bula, que los extranjeros estarian en Roma quince dias para visitar las iglesias, y que los de la ciudad emplearian treinta en esta visita; pero el Papa se vió obligado á reducir este tiempo á cinco dias para los extranjeros y á siete para los romanos. Prolongó tambien la indulgencia hasta el año siguiente, sin que por eso fuese mas numeroso el concurso; y habiendo propuesto al mismo tiempo un proyecto de cruzada, no llegó á verificarse. Estaba tan desacreditado en todo el mundo cristiano Alejandro VI que no se creia obrase por espíritu de religion aun en las mismas cosas que llevaban el sello mas imponente de ella.

Confirmó Alejandro VI el santo instituto de las Anunciadas, fundado por la reina

motivaron guerra entre la Francia y la España, y conocer que no hay razon alguna para acriminar de ese modo al rey Fernando. Esto nos precisa á decir dos palabras acerca de los sucesos á que alude nuestro autor, porque aunque ajenos al objeto principal de esta historia pueden servir para mostrar hasta donde ciega el amor propio á los escritores franceses cuando se trata de asuntos de nuestro país y en los que sus paisanos quedaron vencidos ó vieron frustradas sus esperanzas.

Indica ya nuestro autor que se habia acordado primero una particion del reino de Nápoles entre los reyes de Francia y de España; pero sobre los elementos de discordia que esto ofrecia en aquellas circunstancias, se añadia que de propósito ó por descuido habian quedado vaga y confusamente designadas en el tratado nada menos que tres provincias de dicho rei-

Juana de Francia, á la cual habia repudiado Luis XII. La bula es del dia 11 de febrero del año 1502. Aquella virtuosa princesa, enteramente desprendida de un mundo que

la habia tratado con tanta dureza, form el designio de inspirar á otras sus mismas ideas, y de reunir en una comunidad regular el mayor número de vírgenes cristia-

no, á saber, el Principado, la Capitanata y la Basilicata. Era pues de presumir que cada cual intentase despues aplicarlas á sus respectivos dominios. Y con efecto, comenzaron muy luego las pretensiones de Luis XII á la Capitanata, que de cierto no estaba en su partija, so pretexto de que sus provincias valian menos que las del rey Católico; los soldados franceses por su parte se intrusaban en las plazas de la Pulla y las ocupaban como si perteneciesen á su soberano. Por manera, que no fué el pérfido aragonés, como tantas veces llama nuestro autor á Fernando el Católico, quien comenzó á infringir los tratados, sino el rey francés Luis XII. A reprimir, pues, estas invasiones dedicó su atencion Gonzalo de Córdoba tan luego como sometió á Tarento y á Manfredonia, que se rindió en seguida á sus oficiales. No convenia á Gonzalo romper inmediatamente la guerra con los franceses por el número mucho mayor de fuerzas con que estos contaban en Italia, y así acordó verse y conferenciar con su general en jefe el duque de Nemours; pero de las pláticas que los dos caudillos celebraron en la ermita de San Antonio entre Atella y Molfi, lejos de resultar avenencia, no se obtuvo otra solucion que la de remitir á la fuerza ó á la fortuna de las armas la parte que cada uno pudiera ocupar del territorio disputado, con lo cual la desgraciada Italia se vió condenada á ver reproducidas en su suelo las antiguas guerras de las casas de Aragon y de Anjou. Franceses y españoles se culpaban mutuamente de haber llevado las cosas á aquel término; pero evidentemente, dice el señor Lafuente, habian sido aquellos los primeros á invadir y á apoderarse de las posesiones adjudicadas á España por el tratado. Por otra parte, cualesquiera que fuesen las miras que Fernando el Católico abrigara respecto á la dominacion de Nápoles, en esta ocasion fué el monarca francés quien se mostró mas codicioso, mas descontentadizo y mas agresor. En sus quejas de desigualdad, y en sus pretensiones de indemnizacion, harto hacia el rey Católico en darle á escoger dos medios, ó remitir la disputa al fallo arbitral del Papa y del colegio de cardenales, ó trocar entre sí la particion que tenian hecha. Ni á lo uno ni á lo otro se avino Luis XII, y claro es que no podia exigirse mas de Fernando. Pero lo que prueba aun mas que todo de parte de quien podia estar la culpabilidad del rompimiento, es la poca fuerza que el monarca español tenia á la sazón en Italia, comparada con la del francés, lo desprevenido que aquel se hallaba para la guerra, y los medios amistosos y pacíficos que intentó Gonzalo para evitarla. Por esto y además por encontrarse las tropas españolas no bien pagadas ni vestidas, el Gran Capitan, mientras daba lugar á recibir refuerzos y recursos, se limitó á concentrar los pequeños destacamentos que tenia diseminados por la Calabria; y habiéndolos reunido primeramente en Atella, allí donde antes habia sido aclamado con el título de Gran Capitan, tuvo por prudente retirarse con la mayor parte de sus fuerzas á Barletta, plaza fuerte en los confines de la Pulla á orillas del Adriático, distribuyendo el resto de su gente en los im-

diatos puntos de Bari, Andria, Canosa y otros lugares. El duque de Nemours, general en jefe de los franceses, determinó bloquear á Barletta, tomando antes á Canosa. No nos detendremos en referir los apuros y vicisitudes del Gran Capitan en Barletta, la constancia con que sufrió las privaciones, los arduos de que se valia para sostener el espíritu de sus menudas y mal pagadas tropas, hasta que al fin recibió un refuerzo de dos mil alemanes, y con ello y con su estrategia logró poder tomar la ofensiva y salir de Barletta. Todo esto puede verse en nuestros historiadores y no cumple á nuestro propósito. Pero mientras el gran capitan hacia lo que dejamos apuntado, se hizo el tratado de que habla nuestro autor, entre Luis XII y el archiduque; pero véase cómo.

Habiendo recaído la herencia de los reinos de Castilla y Aragon, por muerte de los príncipes don Juan, doña Isabel y don Miguel, en la princesa doña Juana, hija de los reyes católicos, casada con el archiduque Felipe de Austria, hijo del emperador y rey de romanos, vinieron los príncipes herederos á España (enero de 1502), donde á poco tiempo fueron jurados y reconocidos como tales, no solo en las cortes de Toledo (22 de mayo), sino tambien en las de Zaragoza (21 de octubre), siendo de notar la gran política y el diestro manejo que el rey Fernando debió emplear en esta ocasion con los aragoneses, para que estos casi sin oposicion y contra la costumbre del reino juraran por heredera de la corona aragonesa á la princesa doña Juana y al archiduque don Felipe como su legítimo marido. Así se portaba don Fernando con el archiduque. Pero este, jóven ligero y frívolo, mas afecto á las costumbres francesas que á las españolas, como la comitiva flamenca que habia traído, no solo se mostró indiferente y desdeshoso á los obsequios y distinciones con que habia sido recibido en España, sino que sorprendió á todos con la resolucion que manifestó de volverse inmediatamente á Flandes, solo y sin la princesa su esposa, pues lo adelantado del embarazo de esta no le permitia emprender aquel viaje. Ni los ruegos de doña Juana que le amaba con inmerecido delirio, ni las tiernas y prudentes reflexiones de la reina doña Isabel, su madre, que se hallaba gravemente enferma, ni las razones del rey, ni el disgusto que de ello mostraba el reino, nada bastó á detener al irreflexivo archiduque, y fué preciso complacerle. Ni fué esto solo. Empeñóse don Felipe en hacer su viaje por Francia, por donde antes habia venido á Castilla; y como á su venida habia entablado relaciones de amistad con el monarca francés, pretendia entonces con ahinco ser el encargado de arreglar con aquel soberano las negociaciones pendientes entre Francia y España acerca del reino de Nápoles. Pero si tanto desagradaba á los reyes católicos la ida del príncipe á una nacion con la que estaba en guerra, mucho mas repugnarían encomendar negocio tan delicado á un jóven que daba mas muestras de ligero y arrebatado que de diestro y prudente. Siendo inútiles cuantas reflexiones se le hicieron para disuadirle de lo uno y de lo otro, salió de Madrid Felipe (diciembre de 1502); pero el rey Fernando pu-